

Eclesiología y Ministerios

Estudiante: Maggie McGown

Fecha: 21 de septiembre, 2026

Sexta Tarea: Sinodalidad — caminar juntos como Pueblo de Dios

Discurso del Santo Padre Francisco

¿Qué significa concretamente que la Iglesia sea una Iglesia sinodal y qué tendría que cambiar en nuestra manera de vivir la comunidad, ejercer el ministerio y tomar decisiones para que realmente aprendamos a "caminar juntos"?

Una Iglesia sinodal es aquella que camina junta. Es también una Iglesia en la que se practica la escucha activa entre los miembros del Pueblo de Dios. La sinodalidad consiste en escucharnos mutuamente para descubrir lo que Dios nos quiere transmitir. Significa entender que el Espíritu Santo puede hablar por medio de cualquier persona, ya sea a través de los laicos, de los pastores o del Obispo de Roma. Es un llamado a trabajar unidos por un mismo objetivo, dejando las diferencias a un lado para concentrarnos en aquello que nos une. Entiendo que esto puede expresarse fácilmente con palabras, pero que, en la práctica, puede resultar difícil cuando aparecen los egos, los intereses personales o las diferentes maneras de pensar.

Considero que la afirmación de que “cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de instrucción de su fe, es un agente evangelizador...” refleja el compromiso que tenemos como miembros del Pueblo de Dios. Caminar juntos no significa que todos debamos hacer lo mismo ni tener el mismo rol. Cada uno de nosotros está llamado a aportar desde su propia esencia, su historia, sus dones y su responsabilidad personal. El verdadero arte de este camino compartido está en lograr que nuestras diferencias nos enriquezcan, cuidando que aquello que nos hace únicos no se convierta en una distancia que nos separe, sino en un puente que nos permita encontrarnos y construir una comunidad más unida.

Desde esta perspectiva, pienso que nuestras comunidades deben dejar de ser solamente receptoras de los servicios que ofrecen las parroquias. También necesitamos abandonar el papel de espectadores para convertirnos en verdaderos discípulos misioneros, conscientes de que todos tenemos una responsabilidad en la misión de la Iglesia. Para lograrlo, es necesario estar abiertos a la guía del Espíritu Santo, aprender a escuchar, abrir nuestros corazones al diálogo y reconocer que Dios nos ha dado dones y carismas diferentes. Estos dones no deben competir entre sí, sino complementarse para formar una comunidad verdaderamente participativa y comprometida con el Evangelio.

Este cambio no involucra únicamente a la comunidad, sino también a quienes ejercen algún ministerio dentro de la Iglesia. Los sacerdotes, diáconos, obispos, religiosos y laicos comprometidos están llamados a vivir su ministerio desde la cercanía, la humildad y una escucha que nace del corazón. En este camino, la autoridad no desaparece ni pierde su importancia; más bien, se transforma en una forma de servicio. Deja de entenderse como un espacio de poder para asumirse, en su esencia más profunda, como un servicio y un compromiso con el bienestar y el crecimiento espiritual de toda la comunidad.

En mi parroquia, particularmente dentro del Ministerio Hispano, considero que todavía hacen falta espacios en los que las personas puedan ser escuchadas de manera regular. Creo que sería necesario expresar nuestro deseo de crear estos espacios de diálogo, donde los miembros de la comunidad puedan compartir sus experiencias, inquietudes, necesidades y propuestas. Esto permitiría conocer mejor la realidad de nuestra comunidad y, a partir de esa escucha, buscar juntos respuestas pastorales más adecuadas. De la misma manera, considero importante promover espacios de formación en los que se dé a conocer el papel del laico en la misión de la Iglesia.

Esta formación es especialmente importante porque muchas personas todavía piensan que ser católico consiste únicamente en asistir a Misa los domingos y que allí termina su compromiso con la Iglesia. Sin embargo, una Iglesia sinodal nos invita a comprender que, por medio del Bautismo, todos estamos llamados a participar activamente en la misión evangelizadora. Por esta razón, aprender a caminar juntos implica pasar de ser simples espectadores a sentirnos verdaderamente parte de la misión de la Iglesia. Solo así podremos construir comunidades en las que cada persona se sienta escuchada, valorada y llamada a poner sus dones al servicio de los demás.